

tamoanchan



Lunes 13 de marzo

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

Mujeres mexicanas en cifras

DE BARBARA KONIECZNA

Información: <http://www.eurosur.org/FLACSO/mujeres/>

PARTICIPACION SOCIOPOLITICA

Con miles de años de poblamiento humano, el territorio del actual México - Estados Unidos Mexicanos, según su denominación oficial- fue escenario del desarrollo de avanzadas civilizaciones como la olmeca, la teotihuacana, la maya y la mexica (azteca), con complejas formas de organización política y social que alcanzaron considerables logros en las artes, la ciencia y la técnica.

A la llegada de los españoles, a comienzos del siglo XVI, gobernaba sobre el rico y extenso imperio azteca Moctezuma II. La conquista se consumó, en gran medida, gracias a la habilidad de Hernán Cortés para aprovechar las tensiones internas del imperio, poniendo en contra de los aztecas a los pueblos que pagaban tributo y sometiendo, finalmente, a todos.

Tras tres siglos de dominación colonial, a la lucha por la independencia, liderada principalmente por criollos, se sumaron indios y mestizos, transformándose ésta en causa popular y nacional. Lograda la independencia en 1810, se abrió un largo período de inestabilidad. La naciente república sufrió las agresiones de España, Francia y Estados Unidos. La guerra y la invasión por parte de este último le significaron a México la pérdida de gran parte de su territorio y la profundización de la anarquía interna.

A mediados del siglo XIX, el triunfo de los liberales consolidó la república y sentó las bases de una reforma liberal. La oposición de los conservadores, apoyados por la Iglesia se tradujo en otra guerra, llamada de Reforma. Luego de derrocar en 1867 a Maximiliano de

Habsburgo, quien con el apoyo de los franceses había instaurado un nuevo imperio en México, Benito Juárez restableció la unidad nacional, recuperando el poder que legítimamente le correspondía desde 1861. En 1876 tomó el poder Porfirio Díaz, quien gobernó durante los 35 años siguientes. Bajo su dictadura se modernizó la economía del país y se abrió a capitales extranjeros, al tiempo que se agudizaban las desigualdades sociales, generándose fuertes tensiones.

Estas tensiones culminaron en 1910 con el estallido de la revolución bajo el liderazgo de Francisco Madero y de líderes campesinos como Emiliano Zapata y Pancho Villa. Los principios de esta «revolución mexicana» quedaron plasmados en la Constitución de 1917, muy avanzada para su época. Posteriormente dominaron las luchas entre las distintas fracciones revolucionarias, durante las cuales murieron sus principales caudillos.

Este clima de conflicto se prolongó hasta fines de los años veinte, culminando con el asesinato del presidente electo, General Alvaro Obregón. En este contexto, el presidente saliente Plutarco Elías Calles creó el Partido Nacional Revolucionario, PNR (1929), con las fuerzas identificadas con la revolución, antecesor del actual Partido Revolucionario Institucional, PRI. La llegada al poder de Lázaro Cárdenas en 1934 marcó el inicio de una estabilidad política única en la región. Durante su gobierno se realizó la reforma agraria, se nacionalizó el petróleo, se expropiaron los bienes de las empresas petroleras extranjeras y se consolidó un sistema educativo universal, siguiendo los compromisos revolucionarios con las bases populares. Desde en-

tonces la vida política en México ha estado marcada por el liderazgo del PRI y un monopartidismo de hecho.

Sin embargo, bajo la superficie calma de estabilidad política y logros económicos, la historia mexicana de los últimos cuarenta años no ha estado libre de conflictos. Estos apuntan a modificar el centralismo político, la concentración del poder en el PRI, y en su interior, en la cúpula conocida como «familia revolucionaria», así como a eliminar las profundas desigualdades económicas, sociales y culturales que revelan que los beneficios del desarrollo no han alcanzado a toda la población. El país vivió grandes huelgas, acciones guerrilleras y ocupaciones de tierras en los años 50 y disturbios estudiantiles durante la década del sesenta, los que culminaron en 1968 con el asesinato de cientos de manifestantes en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Cada una de estas crisis ha provocado modificaciones o aperturas -aunque limitadas- en el sistema político. La elevada abstención y las reiteradas acusaciones de fraude electoral -especialmente en 1988- han hecho evidente la crisis de representación del sistema político mexicano, a pesar del clientelismo. Las concesiones a los partidos y a la prensa no han conseguido democratizar dicho sistema y el PRI ha sido acusado reiteradamente de represión y corrupción. De hecho, una gran parte de la población está excluida de la política o no se interesa por ella.

Durante la década del noventa, a pesar del éxito obtenido con la incorporación al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, la crisis política se ha agudizado, alcanzando su pun-

to máximo con la rebelión armada del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, en enero de 1994, y el posterior asesinato del candidato oficial a la Presidencia de la República, Luis Donaldo Colosio.

A lo largo de este proceso la participación de las mujeres mexicanas se caracteriza por su ausencia en la institucionalidad política. Como ya han sido caricaturizadas, las mujeres son en la historia como un muro de arena, entran y salen del espacio público sin dejar rastro, borradas las huellas; entran y salen de la escena sin que quede registro y sin pedir que se les dé algo a cambio.

No se trata de falta de involucramiento en la acción colectiva, porque sobran los hechos en la historia mexicana que la desmienten. Desde la lucha por la independencia, su presencia en la revolución de 1910, junto a Emiliano Zapata, o su acción en Yucatán (1915-1924), en especial bajo el gobierno de Felipe Carrillo Puerto, hasta su participación en el desarrollo del país, en los momentos de bonanza y particularmente en los de crisis. En años recientes, con la creación del Frente en Defensa del Voto Popular, el Frente de Mujeres en Lucha por la Democracia y la Convención Nacional de Mujeres por la Democracia, creados tras la grave crisis de credibilidad abierta en las elecciones presidenciales de 1988.

De hecho, no existe aún una simbología propia que represente el esfuerzo político de las mujeres. Pues ellas no andan a caballo sino a pie, no toman la palabra sino que se dejan oír en otras voces, no suben a los estrados porque consideran que desde el llano las cosas

valen igual y no exigen pagos (simbólicos) porque el trabajo gratis les es habitual y la voluntad de servicio, reconocida como valor social en el mundo político, se traslapa con su antiguo sentimiento de ser para otros. Es así que recién en 1953 obtuvieron el derecho a voto y que, a pesar de las contribuciones de millones de ellas en el quehacer social cotidiano, su presencia en los cargos de decisión aún hoy día es escasa.

La ausencia de las mujeres del espacio público es una expresión más de la incomunicación cultural-política y la exclusión de intereses y grupos que, según algunos analistas, han llevado en México a la «estatización» de la vida pública.

DEMOGRAFIA

Las mujeres mexicanas, que representan la mitad de la población (50,1%), han modificado apreciablemente sus características demográficas en las últimas cuatro décadas, producto tanto del cambio demográfico general, como de factores que -como en el caso de la fecundidad- están referidos directamente a su propio desarrollo vital.

En cifras promedio, las mujeres de México son ya mayoritariamente urbanas, principalmente adultas jóvenes (y no jóvenes como lo eran todavía en 1970) y desde 1950 han reducido a la mitad el número de hijos que tienen durante su vida fértil.

En los últimos cuarenta años la población mexicana se triplicó, pasando de más de 27 millones de personas en 1950 a más de 84 millones en 1990. Durante este período la composición por sexo de la población varió muy ligeramente: las mujeres eran el 50,1% de los habitantes a mediados de siglo, descendieron al 40,9% en 1970 y volvieron a ser el 50,1% en 1990.

Como en otros países latinoamericanos, esta población no se reparte de manera uniforme por todo el territorio nacional (de casi dos millones de kilómetros cuadrados), quedando zonas prácticamente despobladas y existiendo fuertes concentraciones en algunos núcleos urbanos, especialmente en el área metropolitana de su capital, Ciudad de México. En esta zona viven más de quince millones de habitantes, lo que no significa una proporción tan alta de la población total (18% en 1990) como en otros países latinoamericanos (en el Cono Sur esa proporción es mucho mayor, entre un tercio y la mitad), pero en cifras absolutas representa la ciudad mayor del continente y una de las megápolis más populosas del mundo, cuyo crecimiento continúa siendo alto hacia el siglo XXI.

El crecimiento poblacional de Méxi-

co presenta, en líneas generales, dos etapas desde 1950. La primera, hasta mediados de los años sesenta, de fuerte crecimiento demográfico, con una tasa anual promedio del 3,2%. La siguiente, desde la segunda mitad de los sesenta hasta la fecha, de reducción progresiva de este crecimiento, lentamente durante los años setenta y en forma más rápida en los ochenta, debido principalmente a la caída de la fecundidad. A comienzos de los años noventa se estima que la tasa anual ha descendido al 2,0%.

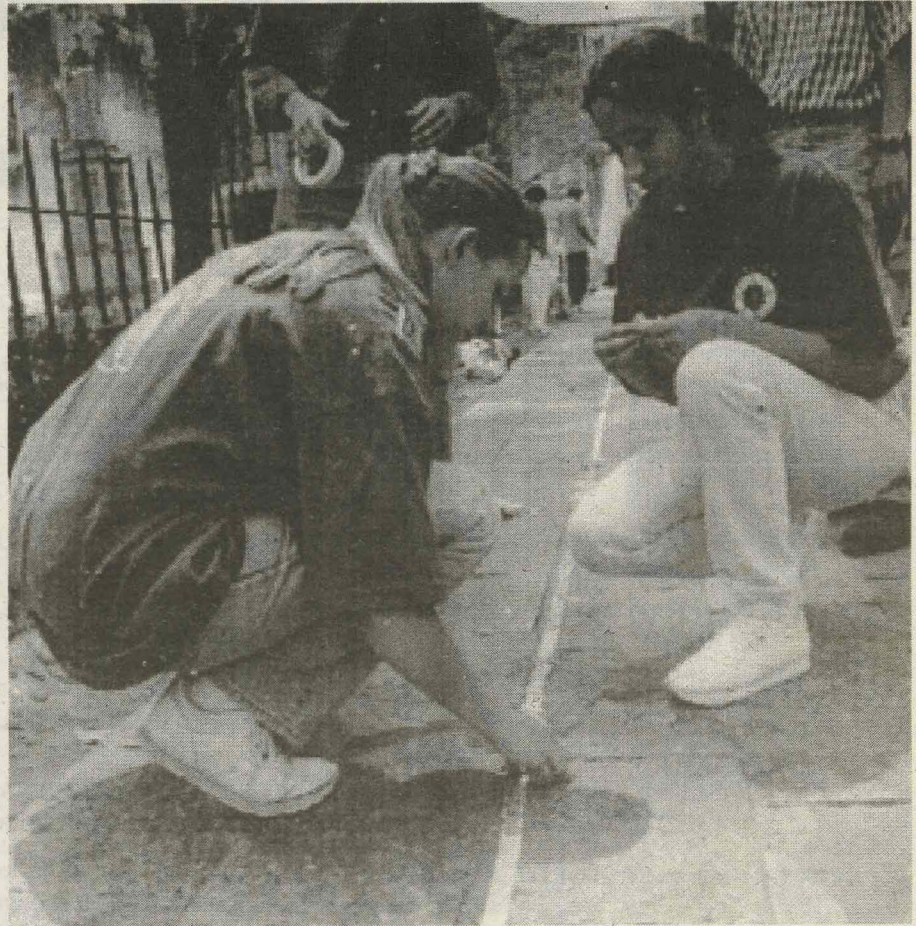
Es importante consignar que la emigración internacional ha ido convirtiéndose en un factor de reducción de ese crecimiento demográfico: el saldo neto negativo en los cincuenta se estima en medio millón de personas, hasta que en los setenta se estabiliza en más de un millón por década, como también sucedió durante los ochenta. Este flujo migratorio es mayoritariamente masculino: a comienzos de los años noventa se estima que un 57% de los emigrantes corresponde a varones.

En todo caso, el factor principal de reducción del crecimiento poblacional en las últimas décadas se refiere a la caída de la fecundidad. A comienzos de los años cincuenta el número promedio de hijos que tenía una mujer durante su vida fértil (tasa global de fecundidad) era cerca de siete, cifra que se había acercado a tres al inicio de los años noventa.

Esa cifra promedio se desglosa según factores diferenciales: las mujeres rurales y las pobres tienen hoy el doble número de hijos que las mujeres urbanas y de clase media. Esa diferencia es aún mayor entre las mujeres sin escolaridad (tasa de 6,14) y las que han realizado estudios medios o superiores (tasa de 2,51).

Estos procesos han cambiado notablemente la composición etaria de la población mexicana. Si en 1970 se estimaba que un 46,7% de esa población tenía menos de 15 años, tal cifra había disminuido al 38% en 1990. Las diferencias por sexo en este plano no son muy fuertes, aunque apreciables: la proporción de jóvenes es algo mayor entre los varones y sucede lo contrario con la de personas mayores entre las mujeres (en 1990 las mayores de 60 años eran el 6,1% de la población femenina y el 5,1% de la masculina).

Todos estos factores indican que México se encuentra en una fase intermedia de su transición demográfica, en el sentido general que tiene esa fase actual en la región: el paso de una población joven y de crecimiento rápido a otra madura y de menor crecimiento. México se halla entre los países de ese estadio de transición, que además presentan una mortalidad baja en términos relativos y una natalidad moderada en vías de ser



baja.

Esto quiere decir que en el inmediato futuro el crecimiento va a ser mayor en los tramos adultos de la estructura etaria, entre 15 y 55 años, lo que significará aumento en las necesidades sociales correspondientes (vivienda, tipo de salud, etc.), además de fuertes presiones sobre el mercado de trabajo.

Existe en México una cantidad importante de población indígena, diferenciada en más de 50 grupos con lenguas y culturas propias. Su volumen total es difícil de calcular, puesto que lo que recogen los censos de población es la cantidad de personas que usan lenguas indígenas. En 1990 se estima que había más de cinco millones de personas mayores de cinco años que hablaban esas lenguas, es decir, algo menos del 8% de la población total. La casi totalidad de esa población se sitúa en determinadas entidades federativas (Chiapas, Guerrero, Hidalgo, México, Oaxaca, Puebla, Veracruz y Yucatán), en las cuales los indígenas superan con frecuencia el 25% del total de habitantes.

Una proporción apreciable de los más de 16 millones de hogares mexicanos está dirigido por una mujer. En 1990 era de 17,3%, lo que significaba en torno a tres millones de hogares. No obstante, existe coincidencia en cuanto al subregistro de la jefatura femenina, dada la tendencia cultural en las declaraciones a asimilar la identidad masculina con la función de jefatura. La estructura etaria del conjun-

to de jefas de hogar, así como otros datos, muestran que existen en esa jefatura conjuntos diferenciados que necesitan identificarse segmentadamente, especialmente al momento de diseñar políticas públicas para ese tipo de hogares.

TRABAJO

Las mujeres han participado en el desarrollo económico de México de diversas formas, siendo las dos principales el trabajo doméstico y el empleo en actividades referidas al mercado económico. Esa participación femenina ha estado condicionada por los cambios generales en ese desarrollo socioeconómico mexicano, en relación con su propia condición de género.

Ahora bien, como sucede en toda América Latina, el problema es que, por diversas razones, esa contribución de las mujeres es sólo parcialmente visible. Ante todo, porque únicamente las actividades convencionalmente consideradas económicas forman parte de las cuentas nacionales. Los intentos realizados en distintos países para medir la contribución del trabajo doméstico a la economía nacional no han conseguido modificar las convenciones existentes al respecto. Por otra parte, tampoco ha concluido la discusión acerca de si ese trabajo podría ser retribuido y si con ello mejoraría o no la condición general de las mujeres.

Así, la participación de las mujeres en el desarrollo adquiere visibilidad fun-

damentalmente cuando puede ser medida en términos de participación económica. Esto representa una dificultad en determinados sectores, como el agrícola, donde las tareas domésticas y las dirigidas al mercado no se distinguen siempre con facilidad. Sucede con mucha frecuencia que los sistemas de encuesta y las declaraciones de las propias mujeres en las zonas rurales se inclinan a considerar a las mismas como dueñas de casa, lo que significa registrarlas como inactivas.

La tendencia a concebir las mujeres fuera de la actividad económica procede también de viejas concepciones culturales que establecieron una determinada división sexual del trabajo, según la cual se atribuye a las mujeres la responsabilidad del quehacer doméstico y a los hombres la actividad considerada pública en general y económica en particular. Es cierto que, como sucede en toda la región, esta división sexual se ha flexibilizado, pero todavía se supone socialmente que las mujeres deben realizar el cuidado del hogar, participen o no en el mercado laboral.

En realidad, una proporción importante de la población adulta femenina ha desarrollado desde siempre en México actividades referidas al ámbito económico, situación que ha ido haciéndose más visible conforme se ocupaban como asalariadas o incrementaban su actividad mercantil no remunerada, tanto en las zonas urbanas como en las rurales.

De acuerdo con el último registro procesado de cobertura nacional, la Encues-

ta Nacional de Empleo de 1991, cerca de un tercio (30,7%) de la Población Económicamente Activa (PEA) está compuesta por mujeres. Una proporción algo mayor (31,5%) es la de mujeres que participan de la PEA del total de mujeres mayores de 12 años (tasa de participación económica).

Ciertamente, son cifras todavía apreciablemente menores que las presentadas por los hombres, que en 1991 mostraban una tasa de participación próxima al 78%. Sin embargo, es necesario subrayar que esas diferencias serían menores si no existiera el fenómeno del subregistro de la participación económica de las mujeres, en particular en el sector informal y en las zonas agrícolas.

Por otra parte, el crecimiento de la PEA femenina en las últimas décadas es mucho más rápido que el de la masculina. CELADÉ estima que entre 1970 y 1990 la primera se habría más que triplicado, mientras la segunda se habría duplicado.

Derivadas también de antiguas concepciones culturales, existen diferencias entre los tipos de empleo que ocupan las mujeres y los hombres. En general, aquellas se ocupan principalmente en la rama económica de los servicios, en tanto los hombres se reparten más regularmente en las tres ramas (agricultura, industria, servicios). Las mujeres difícilmente pueden acceder a los puestos de mayor responsabilidad y poder: son sólo el 8,6% del total de patronos y se emplean menos por cuenta propia que los hombres a nivel nacional, por cuanto si bien esa diferen-

cia es menor en las ciudades, en el campo hay una gran cantidad de campesinos que se registran como cuentapropistas y apenas hay mujeres en esa condición, entre otras razones, por la enorme dificultad que tienen de acceder a la tierra.

En cuanto a las profesiones, las mujeres se ocupan sobre todo como oficinistas (secretarias especialmente) y dependientes de comercio, y como trabajadoras de los servicios personales (son la casi totalidad de las empleadas domésticas). Al mismo tiempo, es cierto que, como sucede en el resto de América Latina, hay una proporción importante de técnicas y profesionales: en 1991, cerca del 14% de la PEA femenina, frente al 8% en la PEA masculina. No obstante, al interior de los profesionales hay también una fuerte segmentación por sexo: las mujeres son la mayoría de las enseñantes y los hombres casi todos ingenieros, las mujeres son la casi totalidad de las enfermeras y los hombres la mayoría de los médicos, etc.

El aumento de la participación económica femenina ha tenido lugar en las últimas décadas pese a que las mujeres enfrentan mayores problemas que los hombres para encontrar y conservar un trabajo. Toda la información estadística disponible muestra que las tasas de desempleo de las mujeres son considerablemente mayores que las de los hombres.

Con el fuerte crecimiento del nivel educativo de la población femenina en las últimas décadas, la PEA femenina tiene ya un número de años de estudios similar al de los hombres. Sin embargo, ello no ha significado una eliminación correspondiente de las diferencias salariales que colocan a las mujeres en desventaja con respecto a los hombres.

De esta forma, todo indica que los principales problemas que enfrentan las mujeres en el plano laboral, además de referirse a su visibilidad estadística, guardan relación con la falta de capacitación y orientación profesional, a la segmentación tradicional de la ocupación y a las viejas orientaciones culturales que inclinan a considerar que el empleo femenino es complementario del masculino.

EDUCACION

La situación educativa de las mujeres mexicanas ha mejorado apreciablemente en los últimos decenios, si bien presenta todavía problemas de consideración, tanto en términos absolutos como en comparación con la mayoría de los países de América Latina.

Ante todo, México comparte con algunos países de la región (Brasil, Bolivia, ciertos países centroamericanos) un problema fundamental: la existencia de fuertes diferencias socioeducativas entre sectores de la población nacional. Am-

plias regiones donde el analfabetismo afecta a un tercio de la población se combinan con núcleos poblacionales urbanos de elevado nivel educativo.

De esta forma, se ha conformado una estratificación socioeducativa de marcado carácter piramidal, donde más del 60% de la población no ha superado los estudios primarios, y en el interior de este bloque, cerca del 15% declara no poseer instrucción alguna; en torno al 26% ha accedido a la secundaria sin superarla, y alrededor del 14% ha cursado estudios superiores. Es decir, México presenta una de las proporciones más altas de la región de población que no supera la primaria, al mismo tiempo que posee una de las proporciones más elevadas de población que accede a los estudios universitarios.

En esta situación polarizada, la desigualdad de género también es una de las más notables de la región. Cerca del 63% de las mujeres no consigue superar la primaria, mientras esa cifra es de 56% en el caso de los hombres. En cuanto al acceso a los estudios universitarios, la proporción de mujeres que lo logran es cerca de la mitad de los hombres: en 1991 sólo un 10% de las mujeres mayores de 12 años declaraba haber alcanzado estudios superiores, mientras esa cifra era de 18% en el caso de los hombres. En este contexto, la proporción de población que posee estudios secundarios y no universitarios es semejante en los dos sexos.

México es, por lo tanto, de aquellos países latinoamericanos que combinan fuertes diferencias socioeducativas generales, con notable desigualdad en contra de la mujer, lo que se traduce en dos características marcadas: a) graves diferencias educativas al interior de la población femenina, y b) espacios de género claramente diferenciados: sectores de población urbana y de clase media alta, donde las diferencias educativas entre los géneros no son tan pronunciadas, y sectores de población con deficiencias educativas y de ingreso, donde la mujer presenta un fuerte retraso respecto del varón.

En términos evolutivos esto también es altamente significativo. En la gran mayoría de los países latinoamericanos, desde fines de los años sesenta tuvo lugar en la población femenina un fuerte salto educativo, el cual implicó que, a fines de los ochenta, ese nivel alcanzara de forma general el de los varones. Ahora bien, en México esto sólo ocurrió en determinados sectores poblacionales, urbanos y de clase media alta, mientras sucedía algo distinto en el resto del país: los hombres salían más aceleradamente que las mujeres de las grandes lagunas educativas. De esta forma, por ejemplo, las mujeres eran en 1970 el 58,5% del



total de analfabetos del país (6.693.706), proporción que había aumentado en 1990 al 62,8% (de las 6.161.662 personas registradas como analfabetas).

El otro aspecto destacable de los problemas educativos de la población femenina se refiere a su composición etaria. Es conocido que la mayoría de los rezagos educacionales se concentra en personas mayores de 40 años y que con el paso del tiempo esa concentración es más acusada. Así, si en 1970 las personas mayores de esa edad eran en México el 47% del total de analfabetos, esa proporción había superado el 60% en 1990.

Este problema es más acentuado en las mujeres: en 1970 el peso de las personas mayores de 40 años en el conjunto de analfabetos era el mismo en la población masculina que en la femenina; en 1990 esa proporción ya era algo mayor en las mujeres (63,5%) que en los hombres (62,4%). En suma, las deficiencias educativas van acendiéndose más en las mujeres maduras y mayores que en sus homólogos varones. Desde el comienzo de los años noventa se han ido produciendo diversas reformas en el sistema educativo. En 1993 entró en vigor la nueva Ley General de Educación, que sustituyó la Ley Federal de Educación existente desde 1973, y que regula la educación

que imparte el Estado (Federación, entidades federativas y municipios), la cual concentra más del 90% de la matrícula total anual. La nueva Ley promueve la consolidación de un sistema educativo fundado en el federalismo y en la contribución de la sociedad, normando la participación de padres de familia y medios de comunicación en el proceso educativo. Por otra parte, las reformas de los artículos constitucionales 3º y 31º significan una extensión de la escolaridad obligatoria con el objeto de que comprenda la secundaria. Estas reformas podrán permitir la reducción de las brechas socioeducativas que se manifiestan en el país, y ello contribuirá al mejoramiento en términos generales de la situación educacional de las mujeres. Sin embargo, también es posible que, de no introducirse una mayor sensibilidad de género en los programas educativos, el mejoramiento general tendrá lugar a un ritmo más rápido en los varones, con lo que se produciría un efecto colateral indeseado: el aumento de la ya pronunciada brecha educativa entre ambos sexos. Prestar atención a este riesgo es particularmente importante en cuanto a las mujeres mayores de 40 años, cuyos serios rezagos educativos tienen un considerable peso en su condición general de género.

Editorial

A las mujeres del mundo y en especial a mis compañeras de trabajo

H. Rafael Gutiérrez Y.

La historia es la historia del hombre. Cuando el hombre se apropió de la religión, se apropió del personaje principal, de la divinidad, y le dió género. Así, elaboró la religión, estableció una jerarquía e impuso normas de comportamiento para sus usuarios; la mujer fue reconocida segunda del hombre.

Sin embargo, todas las culturas tienen reverencia por la tierra porque es la única reproductora. Los estudiosos de la sociedad han extendido este carácter a la mujer. Tal vez el creador puso en el principio femenino toda la confianza que requería la preservación de la vida y le puso mujer; entonces la reivindicó. No solo en el cielo, sino también en la tierra. Entonces comenzó su inicio el camino de reivindicación: primero los hombres del renacimiento descubrieron sus características regionales y elaboraron un nuevo canon de belleza, mas tarde se inició su reivindicación entre la sociedad.

Hoy la mujer comienza a ser compañera a pesar de los intentos de convertirla en objeto; una parte de la razón del sesenta y ocho sera el encuentro entre compañeros y compañeras.



Valete.

Invierno del 2000.



Invierno del 2000

tamoanchan

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas #494, Col. Jiquilpan. 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313•28•93
E mail: elregional@mexico.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo. Cuernavaca, Morelos.
Tels. (7) 312•59•55 / 312•31•08
E mail: cimor@mor1.telmex.net.mx

ElRegional
del sur

Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
Director General

Heladio Rafael Gutiérrez
Coordinación del suplemento
Tamoanchan (INAH)

Es un suplemento semanal editado por

INAH
MORELOS

Teresita Loera Cabeza de Vaca
Encargada de Despacho
Centro I.N.A.H. Morelos

Patricia Suárez Ortega
Responsable de Difusión
(I.N.A.H.)